XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

Legitimación histórica y batallas por la memoria en la televisión dictatorial (Chile, 1973-1990).

Sergio Durán Escobar.

Cita:

Sergio Durán Escobar (2023). *Legitimación histórica y batallas por la memoria en la televisión dictatorial (Chile, 1973-1990). XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/000-025/766

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

Legitimación histórica y batallas por la memoria en la televisión dictatorial (Chile, 1973-1990)

Sergio Durán Escobar

Introducción

Como ocurre generalmente en cada aniversario redondo, el "nudo de memoria" (Stern, 2009) de los 50 años del golpe de Estado de 1973 en Chile ha propiciado una suerte de introspección retrospectiva. Los medios de comunicación y la televisión en particular responden a estas coyunturas con una serie de programas especiales, incluyendo entrevistas, reportajes, documentales y, más recientemente, series de ficción. Estos aniversarios ofrecen un valioso prisma para examinar la llamada "batalla por la memoria", definida acertadamente por el historiador Peter Winn (2007) como "una lucha por el pasado, librada en el presente para dar forma al futuro" (13-14). En 2013, por ejemplo, presenciamos la doble novedad de las ficciones televisivas sobre la dictadura (*Los 80*, *Los archivos del cardenal* y *Ecos del desierto*) y el encuentro inédito de tres generaciones adultas frente a los programas conmemorativos (Antezana Barrios, 2015). Más atrás en el tiempo, el trigésimo aniversario del golpe (2003) destacó por el "redescubrimiento" de archivos inéditos u ocultos, amén de una amplia y diversa oferta conmemorativa como no se había visto en democracia (Huneeus, 2003: 260-63). En lo que concierne a su cobertura televisiva, ambos aniversarios han sido investigados con cierta extensión, mas no ha ocurrido lo mismo con las representaciones del pasado efectuadas durante la propia dictadura[1]. Esta ponencia, como la tesis en que se basa (Durán Escobar, 2023), aspiran a intentar llenar este vacío. Para ello, repasaré las representaciones de la historia y de la memoria por la televisión dictatorial chilena, sus principales momentos y sus manifestaciones más características. Me detendré especialmente en la televisación del golpe de Estado y los usos de sus registros; la conmemoración televisiva de dicha fecha y las visiones enfrentadas del pasado expresadas a propósito del plebiscito de 1988, momento este último en que la "batalla de la memoria" entró de lleno a las pantallas.

[1] Las razones de este vacío pueden ser varias, pero indudablemente una muy importante tiene que ver con el hermetismo de los archivos televisivos, no existiendo al día de hoy en Chile políticas públicas que garanticen el acceso a esos archivos ni su conservación.

Dictadura y legitimación histórica

La extrema violencia desplegada a partir del 11 de septiembre, sumada a la voluntad de las nuevas autoridades de prolongarse en el poder, hicieron de la justificación de la dictadura una cuestión prioritaria. Como señala Huneeus (2000), el régimen militar chileno desarrolló una estrategia de legitimación múltiple: legal-institucional, económica e histórica (214-15). Respecto a esta última y al igual que sus pares del Cono Sur americano, los militares chilenos enarbolaron tempranamente un discurso "salvador" (Jelin, 2017), presentándose a sí mismos como defensores y garantes de la patria frente a una amenaza externa al cuerpo social (llámese "antipatria", "subversión" o "comunismo internacional") (42-45). En un nivel más específico, el discurso histórico dictatorial se basó en la doble condena al gobierno de la Unidad Popular y al desarrollo político chileno durante el siglo XX, interpretado como una decadencia continua que culmina en la crisis de 1973; esto es, lo que Huneeus (2000) llama respectivamente legitimación histórica de "corto" y de "largo plazo" (219-28).

Al cumplirse un mes desde su instalación, por ejemplo, la Junta celebró un acto oficial televisado en la nueva sede de gobierno, el rebautizado edificio Diego Portales (hoy Centro Cultural Gabriela Mistral), construido en 1972 para albergar la III Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo. Los cuatro comandantes en jefe se ubicaron en la testera del salón plenario, donde también se colocó la bandera de la Jura de la Independencia (1818). Detrás de ellos, un mural lucía en grandes caracteres la frase "Chile 1810-1973", en adelante una postal habitual de los actos dictatoriales y que vinculaba simbólica e históricamente a la Junta Militar con la primera Junta de Gobierno (18 de septiembre de 1810). Así, el 11 de septiembre pasó a ser entendido como la "segunda independencia" de Chile, expresión tomada del vocabulario de la UP y resignificada para aludir a la liberación del país del influjo del "marxismo internacional". La "puesta en equivalencia" entre ambas fechas se vio además facilitada por su proximidad, la que en la práctica implicó el adelantamiento en una semana del inicio de las Fiestas Patrias (Joignant Rondón 2007: 29-49).

Si bien esta empresa de legitimación no se limitó a la televisión (incluyendo, por ejemplo, el cambio de nombre de calles, villas y escuelas, la emisión de monedas y sellos postales alusivos, la edición de fascículos de historia de Chile, etc.) (Errázuriz y Leiva Quijada, 2012), existen al menos dos grandes motivos para dedicarle a este medio una atención especial. En primer lugar, el periodo dictatorial presenció una gran expansión

de la televisión a nivel nacional, tanto en términos de cobertura como del número de receptores. A mediados de los 70, Televisión Nacional de Chile, el canal estatal, completó la cobertura de prácticamente todo el territorio, mientras que su principal competidor, Canal 13 de la Universidad Católica, logró extenderse a las ciudades más densamente pobladas, alcanzando así al 70% de la población. Entre 1973 y 1983, el parque de televisores creció de 990 mil a 3,5 millones, aproximadamente uno cada tres habitantes, y cerca de un 30% de esos equipos era a color (las transmisiones a color se iniciaron en Chile en 1978) (Fuenzalida, 1984: 49-51). Este proceso expansivo se vio además acentuado por la clausura del espacio público y el consiguiente repliegue de la sociedad a lo privado, la desmejorada situación de otros medios de comunicación (particularmente el cine nacional) y la estrechez económica de parte importante de la población, golpeada primero por la política de shock neoliberal y luego por la crisis económica de 1982, todo lo cual confluyó para situar a la televisión a la cabeza del sistema chileno de medios.

El segundo motivo es la opción de la dictadura por la televisión como su medio de comunicación de preferencia. En efecto, la TV fue sometida a un control más estrecho y duradero que el que conoció cualquier otro medio, permaneciendo invariablemente cerrada a toda expresión disidente desde el primer hasta el último día, cuestión que no ocurrió con el teatro, la música, la prensa escrita o la radio (Santa Cruz, 2012). El uso del medio televisivo como instrumento de desinformación y propaganda vino aparejado con la profundización de su orientación al mercado, especialmente a partir de la implementación de la política económica neoliberal. Un examen de la programación en cualquier año del periodo muestra un claro predominio del entretenimiento y un alto porcentaje de programas importados, ambas cosas motivadas por la imposición a los canales del autofinanciamiento vía espacios publicitarios (en 1975) (Otano y Piña 1976; Barraza y Piña 1982; Durán Escobar 2012). El valor estratégico de la televisión, por otro lado, se verifica en el hecho de que se la eximió de la ola privatizadora, permaneciendo durante todo el periodo exclusivamente en manos del Estado y las universidades intervenidas. Si bien la Constitución de 1980 abrió la posibilidad de la televisión privada, la dictadura declinó entregar concesiones hasta casi el final de su mandato[2].

[2] En su Artículo 12°, la Constitución de 1980 señala: “El Estado, aquellas universidades y demás personas o entidades que la ley determine podrán establecer, operar y mantener estaciones de televisión”. El primer canal privado de Chile, Megavisión (hoy Mega), entró en operaciones en octubre de 1990.

Un golpe televisado

La construcción de una historia oficial por parte de la dictadura se inició con la cobertura del golpe de Estado, evento que destacó precisamente por su abundancia de registros, su dramatismo y su espectacularidad, todas cualidades muy apropiadas para el audiovisual. Si bien la televisión chilena prácticamente no informó del golpe de Estado mientras éste se producía (a diferencia de la radio), los principales canales de Santiago sí enviaron equipos de prensa al centro de la noticia: el Palacio de La Moneda[3]. Desafiando el ambiente de guerra imperante, los reporteros de Televisión Nacional y Canal 13 lograron captar in situ el desplazamiento de los tanques, el ruido de las balas y una emblemática toma del palacio en llamas desde la ventana de un hotel colindante, entre otros registros. Al caer la noche, las y los televidentes pudieron ver en sus pantallas las primeras imágenes de la nueva realidad política: la ceremonia de toma del mando por la Junta Militar, ocasión en que el general Gustavo Leigh habló de extirpar el "cáncer marxista"(cristian valdes s. f.: 1m46s).

Como los bandos de la Junta, las marchas militares y el mensaje radial de Salvador Allende, las emisiones televisivas también marcaron la experiencia mediática de ese 11 de septiembre, dejando una fuerte impronta en la memoria de sus protagonistas y testigos (Rivas y Merino, 1997). Luego de su primera emisión (el 14 de septiembre por Canal 13), los registros del golpe fueron reeditados, reutilizados y retransmitidos varias veces, ya sea dentro de la programación habitual o en programas especiales, sobre todo con motivo de los aniversarios del 11. Estos programas generalmente comparten la visión del golpe como "salvación", la que construyen incluyendo también imágenes de la Unidad Popular a fin de contrastar el "ayer" y el "hoy". En ese sentido, los reportajes televisivos del golpe se ciñen a las recomendaciones de los expertos en "guerra sicológica", empeñados en reactivar los recuerdos angustiosos asociados a la UP e instalar una interpretación maniquea de la realidad (Gamarnik, 2012). Desde fines de agosto hasta el 11 de septiembre de 1974, por ejemplo, Canal 13 incluyó en su noticiero central recuentos de cinco minutos con material de archivo sobre los últimos días de la UP. Para la noche del martes 10, el canal programó un especial de prensa con "una película exclusiva e inédita" facilitada por la Fuerza Aérea, la que incluía "filmaciones realizadas desde los aviones Hawker Hunter el 11 de septiembre de 1973 con las cintas grabadas, donde se oyen hasta las conversaciones de los pilotos durante la operación

[3] En representación de Canal 13 asistieron al entorno de La Moneda los periodistas Claudio Sánchez y Miguel Ángel Romero y el camarógrafo Manuel Labra, mientras que Televisión Nacional envió al periodista Jaime Vargas y a los camarógrafos Manuel Martínez y Dagoberto Quijada, quien ofició como asistente de sonido.

de ese día" ("Hawker Hunters en Canal 13", 1974: 20). En este y otros casos, la promoción de los programas destaca el carácter "exclusivo" o "inédito" de los materiales utilizados, conforme a las lógicas del periodismo televisivo y su búsqueda de la primicia y la espectacularidad.

Otra modalidad de presentación del archivo estuvo dada por su uso propagandístico-instrumental en forma de anuncios o *spots*, un recurso habitual sobre todo en las coyunturas político-electorales que enfrentó el régimen de Pinochet. Un aviso de la campaña para la "Consulta Nacional" de 1978, por ejemplo, mostraba imágenes de violencia callejera, encapuchados y barricadas seguidas de un texto y una voz en off que decían "Chile dice Sí para evitar el caos. El traidor a la patria responde No". Esta estrategia se repitió dos años más tarde en la campaña previa al plebiscito de 1980, acto en el cual se aprobó la nueva (y todavía vigente) Constitución Política. Sólo el día 30 de agosto, los cuatro canales operativos en Santiago emitieron conjuntamente casi 50 spots, con una frecuencia aproximada de 30 minutos y hasta cinco minutos en los tramos de mayor audiencia, en el caso de Televisión Nacional ("Documento ejemplo gastos publicitarios gobierno", 1980). Desde la revista opositora *Análisis* (Acevedo, 1980) se interpretó estos mensajes como "una coordinada campaña del terror" de "evidente elaboración científica" (26-28), lo que puede constatarse también a partir de la transcripción de algunos *spots*:

> (LOCUTOR EN OFF) ¿Alguien quiere acaso volver al desabastecimiento que existió en el Gobierno anterior, donde casi no había que comprar y era indispensable hacer largas y humillantes colas para alimentar a los hijos?
>
> (LOCUTOR 2) Para que todos podamos seguir desarrollándonos en un país lleno de expectativas que nos permita vivir cada día una vida próspera y mejor: ¡Sí a la Constitución de la Libertad!
>
> […] (LOCUTOR 1) ¿Alguien quiere acaso volver a esa terrible época de caos y destrucción, en que al niño se le enseñó a odiar y se trató de implantar una educación dirigida, que destruía los principios fundamentales de la familia y de la patria?"
>
> (LOCUTOR 2): Para que podamos elegir una educación libre, que permita a nuestros hijos tener éxito en la vida y ser en el futuro hombres capaces, prósperos, realizados: ¡Sí, a la Constitución de la libertad! ("Documento ejemplo gastos publicitarios gobierno", 1980)

La conmemoración televisiva del 11 de septiembre

Señala Elizabeth Jelin (2017) que "El calendario oficial de un país es un espacio privilegiado que permite traer el pasado al presente. Es un espacio destinado a la construcción de los símbolos de la comunidad y de la nación" (156-57). Respecto específicamente al 11 chileno, Azun Candina (2002) define éste como "una instalación realizada año a año en la vida política, social y cotidiana de los chilenos", un proceso continuo y contestado cuyo propósito, nunca del todo logrado, era fijar una interpretación unívoca de la historia reciente de Chile (12). Dicha "instalación" se verificaba sobre todo en las conmemoraciones, momentos en que la visión histórica gubernamental era escenificada, actualizada y amplificada por los medios de comunicación, destacando especialmente la televisión como el medio más masivo e influyente.

Desde nuestra perspectiva, la conmemoración televisiva del 11 de septiembre puede entenderse como orientada a convertir dicha fecha en un "acontecimiento mediático". Los investigadores Dayan y Katz (1995) definen éstos como "ocasiones históricas" (generalmente ocasiones de Estado) anunciadas y preparadas con anticipación, transmitidas mientras acontecen, que apelan a uno o más "valores centrales" de la sociedad y que se dirigen a grandes audiencias -un país, una región o el mundo entero. Esta clase de acontecimientos dan lugar a un tipo de experiencia que los autores denominan "festiva" o "ceremonial" y que resulta de complejas negociaciones entre tres actores: los organizadores del evento, que proponen su significado; los difusores, que lo graban y transmiten, y el público, que ratifica la importancia del evento disponiéndose a verlo de una manera especial (11-17). Dada la afinidad que existía entre la dictadura y los canales de televisión, estos últimos deben entenderse en este caso como coorganizadores y no meros difusores del acontecimiento mediático, contribuyendo a preparar el ambiente y predisponer al público para la experiencia festiva antes y durante la transmisión.

Según mi investigación y considerando sólo semanas seleccionadas de septiembre, entre 1974 y 1989 los tres canales universitarios y Televisión Nacional emitieron conjuntamente un total redondeado de 101 horas de programación conmemorativa del 11, lo que hace un promedio de 6,3 horas al año[4]. De ese total, cerca de la mitad (50,8 horas) corresponde a TVN y a las cadenas nacionales, muestra del interés del gobierno

[4] La información se obtuvo de resúmenes de programación de los diarios *El Mercurio*, *La Segunda*, *La Tercera* y *Las Últimas Noticias*, todos de Santiago.

de producir un acontecimiento mediático de alcance nacional. Correlativamente, el desglose por tipos de programación muestra un claro predominio de los actos oficiales, esto es, la televisación de las ceremonias, discursos, inauguraciones y demás actividades gubernamentales enmarcadas en el aniversario del 11. Estos actos superan ligeramente las 55 horas de programación, correspondientes a poco más de la mitad del total contabilizado. A grandes rasgos, es posible distinguir dos momentos: el primero, de 1974 a 1976, corresponde a la instalación del 11 como “fiesta nacional”, con una cobertura comparativamente amplia, muestras diversas de gratitud a la Junta y algún tipo de manifestación pública y masiva como evento central: la concentración “Chile responde al mundo” en 1974; el encendido de la “Llama de la Libertad” en 1975 y el desfile cívico-militar “Chile trabaja por Chile” en 1976, todos eventos presididos por la Junta y cuyo despliegue escénico recuerda los espectáculos fascistas. A partir de 1977, la “fiesta” dio paso a una más sobria “conmemoración”, a tono con el término de la “fase terrorista” de la dictadura y con la irrupción del marco de “memoria como olvido” (Stern 2013: 210-12), que sumaba a la idea del golpe como “salvación” un llamado a dejar atrás el pasado en aras de la normalización, llamado que encontró expresión legal en la Ley de Amnistía de 1978.

En materia de actos oficiales, el patrón celebratorio incluía como mínimo una “misa de campaña” en la Escuela Militar, la cuenta pública o “Mensaje Presidencial” de Pinochet desde el edificio Diego Portales y la manifestación pública de rigor en el centro de Santiago, todo ello generalmente transmitido en directo por el canal estatal, sea en solitario o en cadena. Desde fines de los 70, los actos masivos tendieron a ser reemplazados por los llamados “operativos cívico-militares” (inauguración de obras públicas, entrega de viviendas, atenciones médicas y dentales, etc.), también debidamente cubiertos por la televisión (Plan Conmemoración "Cuarto Aniversario de la Liberación Nacional", 1977). Otro tipo de ceremonias eran las “vigilias” celebradas la noche previa al 11 de septiembre, ocasiones solemnes y cargadas de símbolos como antorchas, banderas y otros. En 1975, por ejemplo, estudiantes de Derecho de la Universidad de Chile hicieron entrega a Pinochet de la “Balanza de la Justicia” como testimonio de “la adhesión inquebrantable de la juventud a los postulados del 11 de septiembre” ("Emotiva vigilia por la patria", 1976).

La programación conmemorativa se completaba con espacios periodísticos, misceláneos, históricos, musicales y otros, totalizando unas 45 horas de programación. Partiendo de la definición del 11 como “acontecimiento mediático”, sostengo que la función de estos programas era generar un ambiente propicio para la experiencia

“festiva”, proveyendo un marco de significación que resaltara la significación histórica y patriótica de la fecha y entregando claves para su “correcta” interpretación. En este sentido, los programas misceláneos eran especialmente importantes, dada su función característica de abordar los temas contingentes -nunca políticos- de manera accesible y cercana. Para el primer aniversario del golpe, por ejemplo, el programa *Pasado Meridiano* (Canal 13) invitó a una campesina, una minera, una transportista y una papelera a conversar sobre “el papel que le cupo a la mujer chilena en el pronunciamiento del 11 de septiembre” ("Especiales para el día de la liberación", 1974). Llamativamente, el resumen de programación no indica los nombres de las invitadas, dando a entender que lo importante eran sus identidades sexogenérica y gremial.

Un aspecto llamativo de estos programas es precisamente su apelación específica a las mujeres y los jóvenes, dos grupos que ocupaban un lugar preferente en el discurso público de la dictadura y que concentraron sus esfuerzos de resocialización (Munizaga 1988; Valdivia Ortiz de Zárate 2010). En 1975, el programa de conversación *Hoy Joven* (Canal 9) abordó el tema “La Juventud y la Patria”, contando además con “un homenaje a la bandera en el día de la Liberación Nacional” a cargo de alumnas del Liceo N°7 de Niñas. Ese mismo año, *Almorzando en el 13* anunciaba la presencia de la “dueña de casa” Edubiges Cuéllar y del director de la Academia de Guerra del Ejército, coronel Alejandro Medina (*El Mercurio*, 1975), mientras que en 1981, el citado espacio dedicó su emisión al “voluntariado femenino” (*El Mercurio*, 1981), a la sazón presidido por Lucía Hiriart de Pinochet y caracterizado en general por su asistencialismo paternalista, su declarado apoliticismo y un discurso de género eminentemente conservador.

Por último, la programación conmemorativa se caracterizaba por la presencia de contenidos relacionados con lo que Donoso (2008) llama la “representación militarizada de la nación”. Aquí se incluyen los programas sobre historia de Chile, la “música huasa”, el “folclore conservador” y otras manifestaciones afines que permitían conectar la “gesta” del 11 de septiembre con “una identidad cultural dada por una esencia, proveniente de un pasado remoto, común a todos los chilenos, sin importar su clase social o ideología" (243). La música, particularmente, fue un componente preponderante de la programación septembrina (11,3 horas) y de la oferta televisiva en general, principalmente en la forma de espectáculos vivos pero también en secciones de otros programas, en los espacios de continuidad y hasta en la carta de ajuste. Los estilos dominantes eran la música tradicional de la zona central de Chile y lo que genéricamente se puede llamar “música patriótica”, cuya expresión más característica eran los himnos y marchas militares. En el extremo opuesto se encontraba la música andina,

prácticamente ausente de la pantalla debido a su reminiscencia a la Unidad Popular. Es de notar que la asociación entre los sonidos andinos y la UP había sido en parte promovida por la propia televisión: durante ese periodo, el tema instrumental “Charagua” de Víctor Jara fue usado como cortina instrumental de Televisión Nacional en la versión del conjunto Inti-Illimani, escuchada cotidianamente en miles de hogares chilenos al inicio y al final de las transmisiones del canal estatal y como intermedio entre los programas (González, 2015).

El plebiscito como batalla por la memoria

El “receso político televisivo” (Sunkel, 1989: 16-18) y la consiguiente exclusión de los disidentes de la pantalla chica comenzaron a cambiar con motivo del plebiscito de 1988; esto es, el acto electoral que decidiría la continuidad o no de Pinochet como Presidente de la República por ocho años más, conforme al diseño constitucional para la transición a la democracia (Constitución Política de la República de Chile, 1981). A diferencia de las otras dos elecciones no competitivas celebradas por la dictadura (la Consulta Nacional de 1978 y el plebiscito de 1980) y con el fin de garantizar su legitimidad, el Plebiscito del 5 de octubre se desarrolló bajo un estricto marco regulatorio que incluyó, de forma inédita, una franja de propaganda gratuita en televisión, con 15 minutos diarios para cada opción durante el mes previo a la votación. Según encuestas de la época, un 90% de los chilenos vio al menos una emisión de la franja; pese a su horario inconveniente (22.45 de lunes a viernes y 11.30 los sábados y domingos), ésta se acercó o igualó el rating de los programas más populares del momento y se convirtió en tema obligado tanto en la prensa escrita como en la conversación cotidiana (Hirmas, 1989). Más aún, algunos observadores y analistas le otorgan una importancia decisiva en el resultado electoral: según una investigación reciente, 10 de cada 100 personas expuestas a la propaganda televisiva decidieron cambiar su voto del Sí al No, esta última la opción triunfadora con el 56% de los sufragios (González y Prem, 2018).

La franja de propaganda trasladó a las pantallas la ya larga “batalla de la memoria”, extendida también al espacio público y mediático a partir del ciclo de protestas iniciado en 1983 y la relativa apertura política consiguiente. Cada bando desarrolló una postura distinta frente a la historia y la memoria, con distintos énfasis, sesgos y silencios (García González, 2006). Por el lado del oficialismo, el Sí estructuró su campaña en torno a dos ejes complementarios: la promoción de la obra del gobierno, que transformara a Chile en un “país ganador”, y la imputación al No de la amenaza del retorno al pasado,

presentando al pacto opositor como “la nueva UP”. En ese contexto, el Sí recurrió extensamente a las imágenes de archivo, tanto para recordar el estado de cosas anterior al 11 de septiembre como para desacreditar a sus adversarios, recordando sus actuaciones durante el gobierno de Allende o señalando la contradicción entre sus posturas presentes y pasadas. Un típico aviso del Sí, reiterado con distintas variaciones, evocaba la víspera del golpe con filmaciones y fotografías en tono sepia mientras una grave voz masculina se refería a las “largas y denigrantes colas” para obtener alimento, culminando con un mensaje perentorio en letras blancas sobre fondo negro: “Sí, usted decide. Seguimos adelante o volvemos a la UP”(30 Más Chile Con futuro, con todos 2018, 15m42s).

Por su parte y acogiendo el diagnóstico de sus profesionales y técnicos, la Concertación por el No optó por desarrollar una campaña optimista, integradora y orientada al futuro, todo ello sintetizado en el logo del arcoíris, el himno “Chile la alegría ya viene” y su videoclip (Salcedo, 1989). A la amenaza oficialista del retorno al pasado, el No opuso la reivindicación de la historia chilena anterior a 1973, con lo que el futuro prometido era también un reencuentro del país con su tradición democrática. Los traumas de la violencia estatal (la muerte, la tortura, las desapariciones) fueron abordados de manera sobria y respetuosa, evitando la representación explícita de la violencia e incorporando el testimonio de las víctimas (Olga Garrido, madre del futbolista Carlos Caszely) y sus familiares (Sofía Prats, Moy de Tohá, la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos). Las críticas, cuando las hubo, se centraron en la persona del general Pinochet y no en las Fuerzas Armadas; esto en el entendido que el avenimiento con aquellas era necesario para una transición pacífica a la democracia.

En sus miradas del pasado reciente y lejano, ambas campañas adolecen de notorias omisiones. En el caso del Sí, el silencio más evidente corresponde a las violaciones a los derechos humanos perpetradas por el régimen de Pinochet, del que sólo se destacan sus supuestos progresos materiales, económicos e institucionales: el golpe del 11 de septiembre es referido como un benéfico “pronunciamiento”, la “guerra sucia” es completamente omitida y los infames cuerpos de inteligencia, la DINA y la CNI, no son mencionados ni una sola vez. En cuanto al No, es de notar que su rescate del pasado democrático chileno omite cuidadosamente la Unidad Popular, con lo que la “leyenda negra” difundida insistentemente por el Sí queda sin respuesta. Las referencias a la UP en la franja opositora son escasas, superficiales y carentes de expresión visual; cuando se la menciona, es únicamente para advertir que dicho periodo no volverá. Particularmente notoria es la ausencia de la principal figura de dicha etapa: Salvador

Allende, cuya imagen había resurgido como símbolo de la lucha antidictatorial en el marco de las protestas pero que no concitaba acuerdo entre las facciones opositoras en cuanto a su significado y proyección (Del Pozo, 2017: 53-83).

Conclusiones

De esta breve presentación se desprende que los esfuerzos de construcción de una historia oficial por parte de la televisión en dictadura existieron, fueron sostenidos en el tiempo y se relacionan estrechamente con los procesos y coyunturas políticas, como ejemplifican la cobertura del golpe, el tránsito de "fiesta" a "conmemoración" del 11 de septiembre y la propaganda electoral televisiva. Enmarcada en una más amplia empresa de legitimación, la representación televisiva de la historia reciente y remota abarcó una amplia gama de géneros y formatos, incluyendo pero sin limitarse a la televisación de "acontecimientos mediáticos" ni a los programas históricos en sentido estricto y estrecho. En este sentido y replicando lo señalado por Claudia Feld (2016) para el caso argentino, la televisión chilena operó (y opera) como una "tecnología de la memoria": más que escenificar discursos elaborados en otra parte, ella contribuyó (y contribuye) a fijar "lo memorable" para la sociedad, sea priorizando unas narrativas sobre otras según las coyunturas, abriendo ventanas de oportunidad para los distintos actores sociales y políticos o construyendo sentidos en base a sus lenguajes y formatos específicos.

Referencias

30 Más Chile Con futuro, con todos (6 de septiembre 2018). *Franjas del SI y del NO - Capítulo 1 - 5 de Septiembre* [Video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=rPfEpLHB_Cw

Acevedo, Patricio. 1980. "La comunicación del terror". *Análisis*, noviembre, 26–28.

1974a. "Especiales para el día de la liberación". *Las Últimas Noticias*, septiembre 10.

1974b. "Hawker Hunters en Canal 13". *El Mercurio*, septiembre 4, 20.

1976. "Emotiva vigilia por la patria". *El Mercurio*, septiembre 11, 27.

1977. "Plan conmemoración 'Cuarto aniversario de la liberación nacional'". Recuperado 7 de junio de 2021 (http://www.educacionvillagrimaldi.info/wp-content/uploads/2016/09/ME-045.pdf).

1980. "Documento ejemplo gastos publicitarios gobierno". Fundación de Documentación y Archivo Vicaría de la Solidaridad.

1981. *Constitución Política de la República de Chile*. Santiago, Chile: Editorial Jurídica de Chile.

Antezana Barrios, Lorena. 2015. “Televisión y memoria: a 40 años del golpe de estado en Chile”. *Television and memory: a 40 years of the coup d’etat in Chile.* 6(1):189–204.

Barraza, Fernando, y Juan Andrés Piña. 1982. “Televisión ¿Qué vemos realmente los chilenos?” *Mensaje*, julio, 352–56.

Candina Polomer, Azun. 2002. “El día interminable. Memoria e instalación del 11 de septiembre de 1973 en Chile (1974-1999)”. Pp. 9–52 en *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas “in-felices”*, editado por E. Jelin. Madrid, España: Siglo XXI.

cristian valdes (24 de octubre 2016). *Declaracion Junta Militar 1973* [Video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=kmXJEgGI5zk&ab_channel=cristianvaldes

Dayan, Daniel, y Elihu Katz. 1995. *La Historia en directo: la retransmisión televisiva de los acontecimientos*. Barcelona, España: G. Gili.

Del Pozo, José. 2017. *Allende: cómo su historia ha sido relatada: un ensayo de historiografía ampliada*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.

Donoso Fritz, Karen Esther. 2008. “¿Canción huasa o canto nuevo? La identidad chilena en la visión de derechas e izquierdas”. Pp. 231–90 en *Su revolución contra nuestra revolución. Vol. II: La pugna marxista - gremialista en los ochenta*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.

Durán Escobar, Sergio. 2012. *Ríe cuando todos estén tristes: el entretenimiento televisivo bajo la dictadura de Pinochet*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.

Durán Escobar, Sergio. 2023. “La pantalla de la memoria: televisión, historia y memoria en el Chile de Pinochet, 1973-1990”. Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile.

Errázuriz, Luis Hernán, y Gonzalo Leiva Quijada. 2012. *El golpe estético: dictadura militar en Chile, 1973-1989*. Santiago, Chile: Ocho Libros Editores.

Feld, Claudia. 2016. “Constructing Memory through Television in Argentina”. *Latin American Perspectives* 43(5):29–44. doi: 10.1177/0094582X15570878.

Fuenzalida, Valerio. 1984. *Estudios sobre la televisión chilena*. Santiago, Chile: Corporación de Promoción Universitaria.

Gamarnik, Cora. 2012. “Fotografía y dictaduras: estrategias comparadas entre Chile, Uruguay y Argentina.” *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Nouveaux mondes mondes nouveaux - Novo Mundo Mundos Novos - New world New worlds*. doi: 10.4000/nuevomundo.63127.

García González, Carolina. 2006. “El peso de la memoria en los inicios de la transición a la democracia en Chile (1987-1988)”. *Revista Historia* 39(II):431–75.

González, Felipe, y Mounu Prem. 2018. “Can Television Bring down a Dictator? Evidence from Chile’s ‘No’ Campaign”. *Journal of Comparative Economics* 46(1):349–61. doi: 10.1016/j.jce.2017.11.005.

González, Juan Pablo. 2015. “Censura, industria y nación: Paradojas del boom de la música andina en Chile (1975-1980)”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Nouveaux*

mondes mondes nouveaux - Novo Mundo Mundos Novos - New world New worlds. doi: 10.4000/nuevomundo.67810.

Hirmas, María Eugenia. 1989. “La franja: entre la alegría y el miedo”. Pp. 107–55 en *La política en pantalla*. Santiago, Chile: ILET / CESOC.

Huneeus, Carlos. 2000. *El régimen de Pinochet*. Santiago, Chile: Editorial Sudamericana.

Huneeus, Carlos. 2003. *Chile, un país dividido: la actualidad del pasado*. Santiago, Chile: Catalonia.

Jelin, Elizabeth. 2017. *La lucha por el pasado: cómo construimos la memoria social*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.

Joignant Rondón, Alfredo. 2007. *Un día distinto: memorias festivas y batallas conmemorativas en torno al 11 de septiembre en Chile, 1974-2006*. Santiago, Chile: Editorial Universitaria: Departamento de Ciencia Política, Universidad de Chile.

Munizaga, Giselle. 1988. *El discurso público de Pinochet: un análisis semiológico*. Santiago, Chile: CESOC/ CENECA.

Otano, Rafael, y Juan Andrés Piña. 1976. “Interrogantes de la televisión chilena”. *Mensaje*, octubre, 515–20.

Rivas, Matías, y Roberto Merino, eds. 1997. *¿Qué hacía yo el 11 de septiembre de 1973?* Santiago, Chile: LOM Ediciones.

Salcedo, José Manuel. 1989. “Un tono de alegría”. Pp. 91–94 en *La campaña del No vista por sus creadores*. Santiago, Chile: Ediciones Melquiades.

Santa Cruz, Eduardo. 2012. “Entre goces y llantos: la TV chilena en la dictadura (1973-1990)”. *ReHiMe. Cuadernos de la Red de Historia de los Medios* 2.

Stern, Steve J. 2009. *Recordando el Chile de Pinochet, en vísperas de Londres 1998*. Santiago, Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.

Stern, Steve J. 2013. *Luchando por mentes y corazones: las batallas de la memoria en el Chile de Pinochet*. Primera edición en castellano. Santiago, Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.

Sunkel, Guillermo. 1989. “Imágenes de la política en televisión”. Pp. 13–24 en *La política en pantalla*. Santiago, Chile: ILET / CESOC.

Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica. 2010. “‘¡Estamos en guerra, señores!’. El régimen militar de Pinochet y el ‘pueblo’, 1973-1980”. *Revista Historia* I(43):163–201.

Winn, Peter. 2007. “El pasado está presente. Historia y memoria en el Chile contemporáneo”. en *Historizar el pasado vivo en América Latina*, editado por A. Pérotin-Dumon.